

LO QUE DEBO A ALEJANDRO LLANO
CON OCASIÓN DE SUS BODAS DE PLATA
EN LA CÁTEDRA UNIVERSITARIA DE METAFÍSICA

ANTONIO MILLÁN-PUELLES

Mi relación filosófica con Alejandro Llano ha tenido efectivamente, aunque él quizá no lo sabe, un itinerario de ida y vuelta, de tal forma que, si es justo que yo le tenga por uno de mis discípulos, también es justo que le considere como uno de mis maestros, complaciéndome al ver en ello un óptimo testimonio de que, al menos en este caso, mi magisterio escrito ha conseguido una clara fecundidad.

Empezaré por señalar lo que debo al libro *Fenómeno y trascendencia en Kant*, una tesis de Doctorado, que es, en verdad, un eminente ejemplo de cabal madurez doctrinal y metodológica. A mi modo de ver, la aportación fundamental de este libro se concentra en la afirmación del carácter absolutamente antropológico de la totalidad del pensamiento kantiano, el cual es, de esta suerte, un humanismo en la acepción más incondicionada y extremosa. Denodadamente ha luchado Alejandro Llano con la esencial y profunda ambigüedad de Kant, no con la incoherencia que sin razón se le atribuye a veces, ni tampoco con una ambigüedad, digámoslo así, periférica, sino con la que hace que bajo el concepto, tan traído y llevado, de la *cosa en sí*, lo que se encuentra es, en definitiva, una incondicionada autonomía del hombre, que a la vez hace imposible que éste salga de sí en un efectivo trascender intencional.

¿En qué sentido, o por qué, ha sido esto, para mí, una efectiva enseñanza? Ante todo, por haberme hecho ver un Kant que nunca

había yo entrevisto como el Kant esencial y verdadero. Y de esta enseñanza se deriva, a su vez, que con tal interpretación el humanismo kantiano queda por completo al descubierto en calidad de puro y simple humanismo en tanto que es absoluto, o sea, en tanto que *ab-suelve, des-liga* al hombre de su constitutiva relación gnosológica y volitiva con lo que el hombre no es. Kant encierra al hombre en el hombre, confiriéndole así una autonomía por la que paga el precio de quedar clausurado dentro de unas fronteras que no puede cruzar. Y un hombre así concebido está privado de esa peculiaridad suya que paradójicamente estriba en la más irrestricta universalidad del objeto de su facultad de entender, tal como Heráclito y Aristóteles la afirmaron, cada uno de ellos a su modo, más ampuloso el de Heráclito y más breve y lapidario el de Aristóteles, pero ambos radicalmente idénticos en su contenido e intención.

Debo, pues, a Alejandro Llano una nueva y más lúcida conciencia del valor de la tradición antropológica que piensa al hombre como fundamentalmente abierto al ser. Es verdad que, en ninguna parte de su ejemplar libro sobre Kant, dice Alejandro Llano expresamente lo que yo estoy diciendo sobre el humanismo del pensador de Königsberg. Pero también es cierto que Alejandro Llano me hace pensar, y expresamente decir, lo que aquí he mantenido sobre el hombre autoclausurado en la grandiosa y trágica aventura del pensamiento filosófico de Kant.

Paso seguidamente a señalar mi deuda con el libro *Metafísica y lenguaje*. Al final de una extensa Nota publicada en el *Anuario Filosófico* de la Universidad de Navarra (1985), yo afirmaba, refiriéndome a la tensión entre lo ontológico y lo lógico (en la más ancha acepción del segundo de estos dos términos), que “el realismo no estriba en eliminar esa tensión, sino en saber ordenarla, es decir, en fundar el *logos* en el ser”. Esta afirmación no reproduce ninguna tesis explícita en el libro *Metafísica y lenguaje*, pero tiene su origen en este libro, en tanto que está inspirada por la forma según la cual lleva a cabo Alejandro Llano su confrontación del análisis lingüístico y la metafísica. Como uno de los más significativos resultados de esta confrontación, dejo aquí constancia literal de una afirmación de Llano que me pareció, y sigue pareciéndome,

ejemplarmente esclarecedora: “en la medida en que se logre invalidar el representacionismo idealista, sin caer otra vez en el nominalismo o derivar hacia un simple pragmatismo conductista, puede acontecer la superación de la filosofía trascendental y el atenuamiento al ser real en una metafísica renovada”.

En esta tesis aparece ya una referencia al alcance y valor de la representación, pero es éste un asunto del que me ocuparé al tratar del libro que al enigma de la representación dedica Alejandro Llano. Por ahora quiero hablar de otras dos cosas que en *Metafísica y lenguaje* me han llamado poderosamente la atención y me han prestado el servicio de reavivar algunas ideas más anteriores, haciéndolas más claras y eficaces. Se trata, en primer lugar, de la recusación del sistematismo filosófico blindado por exigencias formales de cabal autosuficiencia. Siempre me han parecido sospechosas las pretensiones del sistematismo herméticamente cerrado en el pensamiento filosófico y de un modo especial las que inequívocamente se presentan con una intención reduccionista a toda costa; pero mi aversión a ese apriorístico estilo de filosofar era más parecida a un irreprimible sentimiento que a la lógica consecuencia de una buena argumentación. Tras la lectura de *Metafísica y lenguaje*, el sentimiento, sin perder su fuerza, se ha convertido en una razonable convicción, y lo que explica el cambio puede resumirse en una afirmación de Alejandro Llano acerca de las tipologías clásicas de los sentidos del ser, frente a las presentadas por la filosofía analítica: “El aspecto abigarrado que, en cambio, ofrece el tratamiento clásico, manifiesta que el interés de la metafísica no consiste en someterse a unas exigencias perfectamente formalizadas, sino en plegarse a la realidad tal como es y como de ella podemos hablar”.

La otra cosa que en el mismo marco, el de *Metafísica y lenguaje*, quiero considerar es, brevemente expresada, la fundamentación del ser proposicional o veritativo en el ser real. Me interesa este punto especialmente por darse en él la apariencia de una irreductible oposición entre el pensamiento de Alejandro Llano y el mío. Esa apariencia se desvanece por completo si se tiene presente que lo que yo entiendo por existir, en su más fuerte y auténtico sentido,

es la transobjetualidad, no, por tanto, lo que se entiende cuando se habla abusivamente de existencia para atribuirla a lo que está desprovisto de positiva entidad, sino el no limitarse a ser objeto, mero objeto, de una subjetividad consciente en acto. A lo cual debo añadir, como ya he hecho en alguna otra ocasión, que aunque el ser no se identifica al existir, éste es, sin embargo, un efecto formal del acto mismo de ser, no, como quiere Fabro, algo simplemente fáctico y empírico. ¿Acaso es meramente fáctica y empírica, por ejemplo, la existencia de Dios?

A continuación voy a ocuparme de mi deuda intelectual con el libro al que Alejandro Llano ha puesto el título *El enigma de la representación*. En este libro me ha hecho ver Alejandro Llano los soterrados hilos que en el problema de la representación se entrecruzan y de una buena parte de los cuales no me había yo percatado. Y, por otra parte, el autor de *El enigma de la representación* me ha hecho ver con la más esmerada pulcritud cómo queda resuelta una dificultad que en la teoría de Juan de Santo Tomás sobre el concepto formal puede parecer insuperable. El modo en que Alejandro Llano la resuelve me ha permitido ver y mantener resueltamente que el ser un medio *en* el conocimiento, no es lo mismo que ser únicamente un medio *para* el conocimiento. Y por ello he podido escribir también que “en *El enigma de la representación* es decisivo el empeño que su autor pone en distinguir con la máxima claridad entre la teoría clásica de la representación, esencialmente coherente y solidaria con el más audaz realismo metafísico, y las teorías realistas y empiristas que interpretan la representación como algo sustitutivo de la realidad de las cosas, quedando así el sujeto cognoscente bloqueado en su propia entidad aislada, incapaz, por completo, de abrirse cognoscitivamente a las demás realidades” (en *Revista de Filosofía*, Univ. Complutense, 1999, 293).

Por lo que toca al libro *Humanismo cívico*, puedo y debo decir que me ha sido muy útil para resolver o paliar cuando menos, algunas de las más graves dificultades que me han planteado la ideología y algunas realizaciones de las actuales democracias, tanto en lo concerniente a la mentalidad relativista, indudablemente manifiesta en un nutrido sector de sus más locuaces partidarios,

cuanto en lo que atañe, de una manera muy concreta, a no pocos hechos legislativos éticamente inadmisibles, aunque bien ajustados a la liturgia de los procedimientos democráticos. Y no regateo mi admiración a la insobornable sinceridad del demócrata Alejandro Llano cuando escribe: “El aumento del número de personas que diariamente mueren de hambre, a lo largo y a lo ancho de todo el mundo, es la muestra más dramática de la debilidad moral que acusan las democracias avanzadas”.

No quiero acabar sin referirme al humanismo íntimo, personal, de Alejandro Llano, mi amigo. Es verdad –él lo ha demostrado– que debe haber un humanismo cívico, indispensable para el bien común. Pero este humanismo carecería de autenticidad efectiva si no estuviese firmemente anclado en la humanísima virtud de la amistad. Yo tengo la suerte de ser uno de los testigos y beneficiarios de lo que dan de sí la generosidad y la delicadeza cuando la amistad la ejerce un hombre como Alejandro Llano.

Antonio Millán-Puelles
Ministro Ibáñez Martín, 4, 6ºD
31015 Madrid España

